



ARTE - HISTORIA  
FILOSOFIA Y LITERATURA  
EN RELACION CON LA MEDICINA

OFTALMÓLOGOS RUSOS

por el

Profesor Dr. EDUARDO GARCIA DEL REAL  
De la Real Academia de Medicina (Instituto de España).

Ha llegado a mis manos el *Boletín Cultural e Informativo* del Consejo General de Colegios Médicos de España, magnífico exponente de la actual cultura médica española, y me he hundido profundamente en su lectura, asombrándome del océano infinito de mi ignorancia.

Tranquilizado, al cabo de algún tiempo, he visto que persistía especialmente en mi memoria un interesante trabajo del profesor Carreras Durán acerca de los *Avances en el tratamiento de las opacidades de la córnea*.

Me interesa, no sólo porque aparece como fruto positivo de una labor propia y sostenida, sino también por la base histórica en que aquélla se apoya.

La queratoplastia, según hace notar el profesor Carreras, es indicada por primera vez en 1824 por Reisinger, nace en Coblenza en 1787 y muere en 1855. Es uno de los profesores médicos más famosos, que deja a su muerte un legado de 300.000 florines a la Universidad de Munich, para atender a la formación profesional de los médicos. En 1828 publicó el primer tomo de los *Anales Bávaros de Cirugía, Oftalmología y Obstetricia*. Se dice que veía en la Policlínica universitaria más de 20.000 enfermos anualmente.

La queratoplastia, fracasada, por las razones que expone el profesor Carreras, en manos de Reisinger, es perfeccionada por Arturo v. Hippel, nacido en 1841 en Prusia Oriental; discípulo de Arlt, de Viena, y funda, en 1900, la nueva gran clínica de Oftalmología de Gotinga. Ha muerto en 1916.

Sigue en su estudio el profesor Carreras señalando los distintos oftalmólogos que, como el profesor Elsching, por ejemplo, se han esforzado en perfeccionar el método de trasplantaciones de la córnea, y menciona a este respecto la gran labor experimental llevada a cabo por el profesor ruso Filatow y sus discípulos.

WLADIMIRO FILATOW ha nacido, en 1875, en Sarauk, Gobierno de Pensa; ha estudiado en Moscú, donde se ha doctorado en 1897. Desempeñó su servicio hospitalario y su ayudantía en Moscú y en Odesa. Se habilitó en esta capital para la práctica oftalmológica en 1908, e ingresó en 1911 en el Instituto Médico de Oftalmología.

Los más importantes de sus trabajos son aquellos en que se estudian las citotoxinas, la plastia con colgajo redondo, la trasplatación de la córnea, la exenteración órbitosinusal, la seborrea de las glándulas de Meibom, el tracoma, la bacteriología ocular, etc.

Ha publicado numerosos trabajos en revistas rusas y alemanas, y es autor del estudio de las *Enfermedades de la córnea*, en el *Tratado de Oftalmología*, de Belljarminoff y Merz—en ruso. Leningrado, 1929—, y del de los *Tumores malignos del ojo*, en la *Clínica de tumores malignos*, de Melsukoff y Liftschiff—en ruso, Charcof, 1930.

Otros oftalmólogos rusos se han ocupado también de la trasplatación corneal; entre ellos podemos mencionar:

ALEJANDRO NICOLAIEWITSCH MURSIN. Nació en 1885, en Moscú, donde estudió Medicina. Ha trabajado, desde 1913 a 1924, en la Clínica de Oftalmología de la Universidad de Saratow, donde se ha habilitado en 1922. Desde 1925 es profesor numerario de la especialidad en Taschkent.

Entre sus numerosos trabajos destacan los relativos a equinococos en la órbita; gomas luéticas de la esclerótica, tracoma, trasplatación de la córnea, cataratas, oftalmía quirúrgica, operación del pannus tracomatoso, etc.

IVÁN AFANASSJEVITSCH BJELAJEW. Nació en 1885. Ha estudiado en la Universidad de Saratow, y ha trabajado en la Clínica de Oftalmología del Instituto Médico de Astracán.

Ha publicado trabajos muy interesantes acerca de la acción del alcohol metílico en el órgano de la visión, de la trasplatación de la córnea, del influjo que pueden ejercer las intervenciones quirúrgicas en las enfermedades de la arteria central de la retina y sus ramas, sobre la influencia del simpático en la tensión interna del globo ocular, sobre el estado actual del tratamiento médico del tracoma, etc.

VALENTÍN ADAMUK. Nació en 1887, en Kazan, en cuya Universidad ha estudiado y se ha doctorado en 1907. Ha trabajado como ayudante en la Clínica de Enfermedades de los ojos.

Se habilitó en 1910; y en 1918 fué profesor extraordinario, y en 1922 numerario, de Oftalmología en el Instituto de Perfeccionamiento Médico de Kazan.

Es autor de notables estudios acerca de la degeneración amiloidea de la conjuntiva, de la aparición de lípidos en la retina, de la esporotricosis de los párpados, enfermedades de los músculos motores del globo ocular, anatomía patológica del cartilago palpebral, trasplatación de la córnea, etc.

Seguramente, en Oftalmología pueden ser citados profesores rusos en número de medio centenar, desde que esta especialidad empieza a ser enseñada con Pedro Sawenko—1785-1843—; en 1822, con Cristián Salomón, y con Carlos Enrique Thielmann—1802-1872—hasta nuestros días.

Citarlos a todos haría este trabajo interminable, y su labor, por otra parte, puede ser parcialmente conocida leyendo la *Bibliografía de la Oftalmología rusa de 1870 a 1920*, publicada por Blessig, en Dorpat, 1922.

Vamos únicamente a recordar la vida y la labor de uno de los oftalmólogos rusos mejor conocido en los pueblos europeos de Occidente. Nos referimos a ALEJANDRO IVANOF, profesor de la Universidad de Kiev. Nació en 1836, había estudiado en Moscú, donde vivió hasta 1859. Enfermo, desde muy joven, de tuberculosis pulmonar, abandonó Rusia, marchando, en busca de un clima más benigno, a Montpellier, en donde su amistad con Pagenstecher le hizo consagrarse al estudio de la Oftalmología. Con el fin de conocer a fondo la anatomía microscópica y patológica del ojo, pasó a Wurzburg, a estudiar con H. Müller, bajo cuya dirección se dedicó al intenso cultivo de

aquella disciplina. Trabajó prácticamente la clínica oftalmológica, primero en Heidelberg, con Knapp; después, en Wiesbaden, con Pagenstecher, y, principalmente, en Viena, con Artl.

Volvió en 1867 a Leningrado, donde obtuvo el grado de doctor. En los dos años siguientes se mantuvo, a expensas de la Corona, en el extranjero, donde perfeccionó sus estudios científicos. En 1869 obtuvo el nombramiento de profesor de Oftalmología de la Universidad de Kiev.

En el invierno de 1870-71 marcha de nuevo a Francia, buscando remedio a sus frecuentes e intensas hemoptisis; vuelve de nuevo a Kiev; pero en 1876 los progresos de su enfermedad le obligan a abandonar definitivamente su patria para pasar los últimos años de su vida en la Riviera, de preferencia en Menton, y algunas veces en Niza. En Menton trabajaba, no sólo estudiando, sino también, y en forma exagerada, en la práctica. No interrumpió su labor hasta que la enfermedad le causó la muerte en 1880.

Sus principales trabajos son los relativos a la anatomía patológica del órgano de la visión.

Un valioso testimonio de la merecida fama que había alcanzado Ivanof, no sólo como oculista, sino también como anatomopatólogo, nos lo proporciona Cabanés en el artículo titulado «Los médicos de Gambetta» (1).

Dice el famoso historiador francés que siendo niño el ilustre político se entretuvo una tarde en su pueblo natal, Cahors, en ver trabajar a un fabricante de cuchillos, con tan mala fortuna que, saltando una pieza del torno que manejaba el artesano, fué a herir el ojo derecho de Gambetta. Prestados los primeros auxilios, la curación tardó en presentarse; por el contrario, la gravedad fué exagerándose; se había producido una catarata traumática, o, hablando en el lenguaje propio de los especialistas, una iridocoroiditis glaucomatosa con lagofthalmos o protusión del globo ocular.

Los dolores llegaron a ser terribles, y Gambetta, ya joven, reclamó con urgencia una operación que viera a poner fin a sus sufrimientos.

La operación fué llevada a cabo en la primavera de 1867 por el famoso oculista Wecker, de París. El ojo extirpado fué enviado a uno de los histólogos, dice Cabanés, más hábiles de la época, el doctor Ivanof, profesor entonces de la Universidad de Kiev.

Wecker acompañó el envío con una carta, en la que decía: «He aquí una pieza anatómica por la que yo tengo el mayor interés; se trata de un ojo de una persona llamada, en mi opinión, a desempeñar papeles muy importantes; examinadlo, os rusgo, con el mayor interés.»

Todos los años volvía Wecker a preguntar a Ivanof y a reclamar la pieza anatómica. Todo en vano; Ivanof no contestaba; su mala salud y el exceso de trabajo explicaban, en parte, su silencio.

Ivanof, que había sufrido ya los primeros ataques

de la tuberculosis pulmonar buscaba, como hemos dicho, un remedio para su salud en el clima benigno del Mediodía. Pasaba los inviernos en Menton, en compañía de su amigo y discípulo predilecto el duque Carlos Teodoro de Baviera, hermano de la emperatriz de Austria y de la reina de Nápoles. Wecker pensaba que, si no toda, gran parte de la colección anatomopatológica de Ivanof habría sido donada al duque Carlos Teodoro, que había tomado lecciones del maestro, no sólo de Oftalmología, sino también acerca de la conservación indefinida de las piezas anatomopatológicas. El duque Carlos contestó a las demandas de Wecker afirmando que Ivanof no le había dado durante la vida, ni legado después de muerto, una pieza anatomopatológica tan interesante desde el punto de vista histórico como desde el patológico.

Prosiguiendo esta investigación, se interrogó a los más importantes oftalmólogos y anatomopatólogos alemanes, con los que mantenía constante relación el oftalmólogo ruso.

Lo que a nosotros ahora nos importa es hacer resaltar el crédito que había alcanzado Ivanof, enfermo toda su vida y muerto todavía joven, en todo el mundo científico de Europa, como oculista y como anatomopatólogo.

Fué sustituido Ivanof en su cátedra de Kiev por otro famoso oftalmólogo ruso, Mandelstamm, cuya vida es interesantísima, revelándonos su estudio que se trataba no sólo de un sabio de primer orden, sino, al propio tiempo, de uno de los hombres más buenos que la Humanidad ha producido.

La Humanidad, los pueblos y hasta, en muchas ocasiones, las familias suelen verse desunidas por la política, por la religión y por la guerra. En cambio, la ciencia une y enlaza a todos. Los frutos, cada vez más numerosos y más fecundos, de la ciencia se cosechan en todos los pueblos y se utilizan en favor de todos los individuos de la tierra. La ciencia es como el sol, cuyos rayos van a iluminar y a llevar la salud a todos los habitantes de la tierra, porque todos son hijos de Dios.

Sería absurdo y estúpido que admitiésemos y rechazásemos las conquistas científicas por que hubieran sido descubiertas por alemanes o por anglosajones. Al desgraciado cuyas opacidades corneales han privado de la vista, lo que le importa es que el método empleado al trasplantarle la córnea sea eficaz; el que lo haya ideado un ruso, un chino o un turco, le tiene sin cuidado. Desde su corazón, al dar gracias a Dios por haberle curado, subirán también hasta el cielo las oraciones en favor del sabio que ideó el método salvador, sea el que fuere su pueblo y el color de su piel.

No caigamos en el error fanático, impropio de hombres científicos, de aquel catalán importante—esto quiere decir que tenía una gran fortuna—que habiendo leído durante largo tiempo las obras de Quevedo, dejó de pronto y para siempre su lectura, y al preguntarle la razón de este cambio, contestaba: «Desde que sé que Quevedo no es de Barcelona, me revienta.»

(1) *Le Cabinet secret de l'histoire*. Nouvelle édition. Quatrième série, Paris, 1920, págs. 279 y siguientes.